

gico. Por fin, llueven las coronas como en la Ópera, todos los personajes cantan al unísono y en coro las alabanzas de sir Carlos; se le recita su letanía: «¿Cómo no había de ser el mejor de los maridos el que fué el más sumiso de los hijos, el que es el más afectuoso de los hermanos, el más fiel de los amigos, y el que es bueno por principio en todas las relaciones de la vida?» Es grande, es generoso, es delicado, es piadoso, es intachable; jamás ha hecho una acción villana ni un gesto falso. Su conciencia y su peluca están intactas. Amén. Hay que canonizarle y disecarle.

Y usted, mi querido Richardson, aunque gran hombre, usted tampoco tiene todo el talento que sería menester. A fuerza de querer servir á la moral, la perjudica. ¿Sabe usted cuál es el efecto de esos carteles edificantes que pega usted al principio y al fin de sus libros? Desalientan, desimpresionan, se ve al predicador, con sus hábitos negros, salir gangoseando de la vestidura mundana que se había puesto por una hora, y el engaño disgusta. Insinúe usted la moral, no la infija. Acuérdesse de que hay un fondo de rebelión en el corazón del hombre, y que, si se trabaja demasiado visiblemente por emparedarle dentro de una disciplina, se escapa y se va á tomar el aire fuera. Usted imprime á continuación de *Pamela* el catálogo de las virtudes de que da ejemplo; el lector bosteza, olvida su placer, cesa de creer, y se pregunta si la celeste heroína no era un maniquí eclesiástico dispuesto para recitarle una lección. Usted cuenta al fin de *Clarisa* el castigo de todos los malos, grandes y pequeños, sin perdonar uno solo; el lector se ríe, diciéndose que las cosas pasan de otro modo en el mundo, y le invita á usted á insertar aquí, como Arnolphe, la pintura «de las calderas en que van á hervir en el infierno las al-

mas malas». No somos tan tontos como usted piensa. No nos gusta que se ahueque la voz para asustarnos; no tenemos necesidad de que se consigne la lección aparte y en mayúsculas para desentrañarla. Amamos el arte, y usted apenas le tiene; deseamos que se nos agrade, y usted no sueña en tal cosa. Usted transcribe todas las cartas, usted copia todas las conversaciones, usted lo dice todo, usted no perdona nada, sus novelas tienen ocho tomos; por favor, coja las tijeras: sea escritor y no escribano actuario. No derrame usted su biblioteca de documentos en la vía pública. El arte difiere de la naturaleza en que deslía y concentra. Veinte cartas de veinte páginas no revelan un carácter, y una palabra viva lo consigue. A usted le pesa su conciencia en términos de arrastrarle paso á paso por el suelo; usted tiene miedo de su genio, le refrena, no se atreve á proferir en los trances violentos los grandes gritos, las palabras francas. Cae usted en las frases enfáticas y bien escritas; no quiere usted mostrar la naturaleza tal y como es, tal y como la muestra Shakespeare cuando, herida por la pasión como por un hierro candente, grita, se encabrita y salta por encima de sus barreras de usted. Usted no sabe amarla, y en castigo no puede verla.

VI

En su favor reclama Fielding, y ciertamente, al ver sus acciones y su persona, se le hubiese creído hecho expresamente para eso: un mocetón robusto, casi de seis pies de estatura, sanguíneo, con exuberancia de buen humor, leal, generoso, afectuoso y valiente, pero

imprudente, gastador, bebedor, libertino, hecho á correr por el mundo, conecedor de los altos y los bajos de la vida, salpicado de cieno, pero siempre animoso; «en resumidas cuentas (decía lady Mary Wortley Montague), más feliz que un príncipe y capaz de olvidar su gota, sus preocupaciones y sus deudas en teniendo á mano una botella de champagne y una empanada de ave». Domina en él la complexión natural, algo tosca, pero rica. No se reprime, se deja ir, sigue su pendiente sin preocuparse mucho de elegir su cauce, sin erigirse diques, y corre como río cenagoso pero de gran caudal. Desde luego la exuberancia de salud y de impetuosidad física le lanza á la disipación alegre, y la savia desenfadada de la juventud hierve en él hasta en el matrimonio y en la edad madura. Es alegre y se alegra; es despreocupado y no tiene siquiera la vanidad literaria. Un día Garrick le suplica que suprima una escena poco acertada, y le dice que si no, le silbarán infaliblemente. «¡Váyanse con mil diablos! ¡Que la arreglen ellos!» El público silba y el actor, de muy mala guisa, va á participárselo al autor, que está bebiendo y fumando. «—¿Que hay?—Pues que me silban desaforadamente.—¡Ah! ¡ah! ¡Váyanse con mil diablos! La han arreglado; ¿no es verdad que la han arreglado?» Con esa franca risa tomaba los percances. Seguía su camino sin sentir gran cosa las magulladuras, como hombre confiado, de mucho pecho y de dura piel. En cuanto coge una herencia, da banquetes, mantiene una jauría y se rodea de magnífica servidumbre de librea amarilla. En tres años se lo ha comido todo; pero no se amilana; acaba sus estudios de leyes, escribe dos tomos en folio sobre los derechos de la corona, se hace *justice*, destruye cuadrillas de ladrones y gana en la más insípida tarea del mundo

«el dinero más sucio de la tierra». No pueden con él los sinsabores ni la fatiga; está hecho demasiado sólidamente para tener nervios de mujer. Todo en él se desborda: la fuerza, la actividad, la invención y también el cariño. Tiene por sus hijos una idolatría de madre; adora á su mujer; se vuelve casi loco cuando la pierde; no encuentra otro consuelo que llorar con la criada, y acaba por casarse con esa muchacha excelente para dar una madre á sus hijos; último rasgo que acaba de pintar ese buen corazón plebeyo (1), pronto á las efusiones, exento de repugnancias, y que, fuera de la delicadeza, tuvo todo lo mejor del hombre. Se lee sus libros como se bebe un vino bueno y sano, que alegra y fortifica, y al cual no falta más que el perfume.

A semejante hombre no debía agradarle mucho Richardson. El que ama la naturaleza expansiva, arroja lejos de sí, como enemigos, la solemnidad, la tristeza y la gazmoñería de los puritanos. Para empezar, pone á Richardson en caricatura. Su primer héroe, José, es hermano de Pamela, y resiste á las proposiciones de su señora como Pamela á las de su señor. La tentación, conmovedora en una muchacha, pasa á ser cómica en un muchacho, y lo trágico se convierte en ridículo. Fielding se ríe á mandíbula batiente como Rabelais, y también como Scarrón. Remeda el estilo enfático; estruja las faldas y hace saltar las pelucas; atropella con sus rudas bromas toda la gravedad de las conveniencias. Si sois gente refinada ó siquiera bien vestida, no le acompañéis. Os llevará á las cárceles, á las posadas, á los estercoleros, al fango de los caminos; os hará patrullar entre los escándalos diver-

(1) Era, sin embargo, hijo de un general y nieto de un conde.

tidos, las pinturas crudas y los lances populacheros. Es de buenas tragaderas y no tiene el olfato sensible. A José, al salir de casa de lady Booby, le aporrean y le dejan en una zanja sin ropa y por muerto. Pasa una diligencia; las señoras dan respingos ante la idea de recoger á un hombre desnudo, y los caballeros, cada uno de los cuales tiene tres paletots, los juzgan demasiado nuevos para ensuciarlos con el cuerpo del pobre diablo. Esto no es más que un principio; júzguese de lo demás. José y su amigo, el buen cura Mr. Adams, dan y reciben una infinidad de cachetes; menudean los garrotazos; les tiran á la cabeza cazos llenos de sangre de gorrino; los perros les hacen jirones la ropa; pierden su caballo. José es tan guapo, que se ve perseguido por la criada, y tiene que cogerla en brazos y plantarla á la puerta. Los dos amigos están siempre sin blanca; los quieren meter en la cárcel. Ellos, sin embargo, siguen animosamente su camino, como sus colegas de las otras novelas, el capitán Booth y Tom Jones. Esas tempestades de puñadas, esas grescas de mesón, ese estruendo de calentadores rotos y de escudillas lanzadas á la cabeza, ese laberinto de peripecias y esa lluvia de percances, acaban por formar la más alegre música. Toda esa buena gente se pega bien, anda bien, come bien y bebe mejor aún. Da gusto mirar esos grandes estómagos: el *roastbeef* baja á ellos como á su sitio natural. No se diga que esos buenos brazos funcionan demasiado sobre la piel del prójimo; la piel del prójimo es dura, y en todo caso se rehace pronto. Decididamente, la vida es buena, y con Fielding haremos riendo el viaje, con la cabeza rota y la panza llena.

¿No haremos más que reir? Hay muchas cosas que ver en el camino; el sentimiento de la naturaleza es un

talento como la concepción de la regla, y Fielding, vuelto de espaldas á Richardson, se abre un dominio tan amplio como el de su rival. Lo que se llama naturaleza es ese enjambre de pasiones secretas, malélicas á menudo, comúnmente vulgares, ciegas siempre, que rebullen y se agitan en nosotros, mal encubiertas por el manto de decoro y de cordura con que tratamos de disimularlas; nosotros creemos dominarlas, y ellas nos dominan; nosotros nos atribuimos nuestras acciones, y ellas las hacen. Hay tantas, son tan fuertes, se complican tanto las unas con las otras, y con tal facilidad se despiertan, se precipitan y arrebatan, que su movimiento se sustrae á todos nuestros raciocinios y á todo nuestro influjo. He ahí el dominio de Fielding; su arte y su placer, como el de Molière, consisten en levantar una punta del velo; sus personajes se nos presentan con porte juicioso, y de repente, por una abertura, divisan los lectores el hervidero interior de las vanidades, de las locuras, de las concupiscencias y de los rencores secretos que los mueven. Por ejemplo: cuando Tom Jones tiene un brazo roto, el filósofo Square va á consolarle con ayuda de máximas estoicas; pero, al probarle que el dolor es cosa indiferente, se muerde la lengua y suelta uno ó dos ternos, en cuyo punto el teólogo Thwackum, su comensal y rival, le asegura que su percance es una advertencia de la Providencia, y falta poco para que los dos lleguen á las manos. Otra vez el capellán de la prisión, después de dar desahogo á su elocuencia y exhortar al reo á arrepentirse, acepta de él un ponche, porque la Escritura no dice nada contra esa bebida, y, después de beber, le espeta su último sermón contra los filósofos paganos. Puestos así al desnudo, los instintos tienen una facha grotesca; las personas andan gravemente, con

su bastón en la mano, y para nosotros van en cueros. Sépase que lo están de veras; así, algunas de sus actitudes son muy divertidas. Las señoras procederán cuerdamente no entrando aquí. A ese genio vigoroso, franco y regocijado, le gustan, como á Rubens, las *kermesses*; las carotas coloradas, radiantes de buen humor, de sensualidad y de energía, bullen, retozan y chocan, y los instintos desvergonzados vienen á ayuntar sus violencias. Con ellos compone sus primeros personajes. No hay en él otros más vivos, trazados con pinceladas más vigorosas y de más sano color. Si los personajes reflexivos, como Allworthy, quedan oscurecidos en un rincón de su vasto lienzo, los personajes instintivos, como Western, se destacan en él con un brillo y un relieve no vistos desde Falstaff. Western es un *squire* de campo, bonachón, pero borracho, siempre á caballo, inagotable en ternos y juramentos, propenso á las palabrotas, á las puñadas, especie de tiote endurecido y enardecido por la brutalidad de la raza, por la rudeza del campo, por los ejercicios violentos, por el abuso de la pitanza y de las bebidas fuertes, henchido de orgullo y de prejuicios ingleses y rústicos, como quien no ha sido disciplinado nunca por la influencia de la sociedad (puesto que vive en el campo), ni por la de la educación (puesto que apenas sabe leer), ni por la de la reflexión (puesto que no acierta á juntar dos ideas), ni por la de la autoridad (puesto que es rico y *justice*), y que, por consiguiente, es como una veleta que silba y rechina á merced de los vientos de todas las pasiones. En cuanto se le contradice, se pone encarnado, echa espumarajos, quiere aporrear á la gente: «¡Desabróchate!...» (1). Es me-

(1) Imposible traducirlo todo. Lib. VI, cap. IX. Véase el ofrecimiento notable que el *squire* hace á Jones.

nester agarrarle para detenerle á viva fuerza. Corre á casa de Allworthy para quejarse de Jones, que se atreve á hacer la corte á su hija. «Ha tenido la suerte de que no he podido cogerle; le hubiera dado una buena tunda; le hubiera quitado las ganas de maullar; hubiera enseñado á ese hijo de zorra á meter la mano en el plato de su amo. Jamás tendrá una tajada de mi plato, ni una blanca para comprar ninguna. Y si ella le quiere, su dote será una camisa. Mejor quería poner mis bienes en la Caja de amortización, para que los manden á Hannover y corrompan á nuestra nación con ellos.» —Y como Allworthy dice que lo siente mucho:—«¡Vaya enhoramala vuestro sentimiento! De bastante me servirá cuando haya perdido mi única hija, mi pobre Sofia, que era la alegría de mi corazón, y toda la esperanza y todo el consuelo de mi vejez; pero yo estoy decidida á plantarla en la puerta: mendigaré, reventará de hambre, se pudrirá en la calle. ¡Ni un cuarto! ¡ni un cuarto! ¡jamás recibirá un cuarto de mí!»—Su hija trata de traerle á razón; él se pone hecho una furia. Después la joven habla de cariño y de obediencia, y entonces el padre brinca de alegría por el cuarto, y se le saltan las lágrimas. Pero, cuando la hija vuelve á las súplicas aprovechando esa ocasión, el *squire* rechina los dientes, aprieta los puños, golpea el suelo con el pie. «¡Te casarás con él, le tendrás, voto al diablo, le tendrás, así te ahorcases al día siguiente!» No acierta á dar con una razón; no sabe más que decirle que sea buena hija. Se contradice, desbarata sus propios proyectos: es como un toro ciego que se lanza á la derecha, á la izquierda, vuelve sobre sus pasos, no alcanza á nadie y no hace más que bregar dentro de un mismo círculo. Al menor ruido, se abalanza descompuesto, sin saber por

qué. Sus ideas no son más que sacudidas ó impulsos de la carne y de la sangre. Jamás el animal físico ha absorbido al hombre más completamente. Se hace grotesco de puro cándido y próximo al bruto; se deja gobernar; tiene palabras de niño. «No sé cómo es; pero lléveme el diablo, Allworthy, si no me obligáis á hacer siempre exactamente lo que os place. Y, sin embargo, yo tengo una hacienda tan buena como la vuestra, y soy *justice* lo mismo que vos.» Nada se sostiene ni dura en él, cede siempre al primer impulso, se entrega del todo á la impresión del momento. Rencor, interés, ninguna pasión duradera prende en su alma. Abraza á las personas á quienes un minuto antes quería aporrear. Todo lo olvida en el ardor de la pasión presente; afluye á su cerebro como una ola repentina que ahoga todo lo demás. Ahora que se ha reconciliado con Tom, no sosiega hasta que Tom tenga su hija. «¡A ella, chico, á ella, anda con ella! Así, corderos míos. Y qué, ¿está ya todo arreglado? ¿Será mañana ó pasado mañana? No ha de ser un minuto más tarde; estoy decidido. ¡Vamos, Tom, te digo que esos son dengues! Ella querría que el matrimonio fuese esta noche; lo querría con toda su alma. ¿No es verdad que lo querías, Sofia? ¡Mira, Allworthy, te apuesto cinco guineas por un escudo á que de mañana en nueve meses tendremos un chico! Ahora, dime: ¿qué prefieres, Borgoña, Champaña ó qué? ¡Por Dios! Tendremos francachela esta noche.» Y cuando llega á ser abuelo, se pasa el tiempo al lado de las amas, declarando que «la charla de su nieta es una música más dulce que los ladridos de la mejor jauría de Inglaterra». He ahí la naturaleza pura, y nadie la ha dado suelta al través de los campos, más ignorante de toda regla, más abandonada al flujo de la savia corpo-

ral, más impetuosa, más desenfrenada que Fielding.

No es que él la ame del modo que los grandes artistas indiferentes, Shakespeare y Goethe; al contrario, es moralista por esencia, y es uno de los grandes signos del siglo el que las intenciones reformadoras aparezcan tan decididamente en él como en los demás. Da á sus ficciones un fin práctico, y las recomienda diciendo que el tonio serio y trágico agría, mientras que el estilo cómico «dispone á las personas á la benevolencia y al buen humor (1)». Mas aún: hace la sátira del vicio; considera las pasiones, no como simples fuerzas, sino como objetos de aprobación ó de censura. A cada paso nos sugiere juicios morales; quiere que tomemos partido; discute, disculpa ó condena. Escribe una novela entera en estilo irónico (2) para perseguir y flagelar la picardía y la traición. Es más que pintor, es un justiciero, y los dos papeles se armonizan en él. Porque una psicología engendra una moral: allí donde hay una idea del hombre, hay un ideal del hombre, y Fielding, que ha visto en el hombre la naturaleza en oposición á la regla, alaba en el hombre la naturaleza en oposición á la regla; de modo que, según él, la virtud no es más que un instinto. La generosidad, á sus ojos, es, como todas las fuentes de acción, una inclinación primitiva; como todas las fuentes de acción, fluye sin que los catecismos y las frases le añadan nada bueno; como todas las fuentes de acción, fluye á veces con demasiada plenitud y demasiado aprisa. Tomadla como es, y no tratéis de oprimirla bajo el peso de una disciplina ó de reemplazarla por un razonamiento. Señor Richardson,

(1) Prólogo de *Joseph Andrews*.

(2) *Jonathan Wild*.

vuestros héroes tan correctos, tan acompasados, tan esmeradamente empaquetados en su atavío de preceptos, son sacristanes de catedral á propósito para ganarse en una procesión. Señor Square y señor Thuac-kum, vuestras retahilas sobre la virtud filosófica ó la virtud cristiana son ejercicios de palabra buenos para hacer la digestión. La virtud está en el temperamento y en la sangre; la educación parlanchina y el rigorismo monacal no le añaden nada. Dadme un hombre, no un maniquí de muestra ó un organillo de frases. Mi héroe es el hombre que nace generoso, como el perro nace afectuoso, y como el caballo nace bravo. Yo quiero un corazón vivo, lleno de calor y de fuerza, no un pedante seco afanado en alinear á cordel todas sus acciones. Ese natural ardiente podrá arrastrarle demasiado lejos; yo le perdono sus descarríos. Se emborrachará sin darse cuenta, recogerá una moza del arroyo, dará á poca costa un puñetazo, no esquivará un duelo; pasará porque una gran dama le juzgue guapo mozo y aceptará su bolsa; será imprudente, echará á perder su reputación como Jones; será mal administrador y contraerá deudas como Booth. Dispensad que tenga músculos, nervios, sentidos y ese hervir de cólera ó de ardor que precipita hacia adelante á los animales de raza noble. Pero aguantará que le peguen hasta hacerle sangre antes que exponer á un pobre guarda de coto. Perdonará á su mortal enemigo, sin esfuerzo, por pura bondad, y le mandará dinero á escondidas. Será leal con la que ama y la guardará fidelidad, á despecho de todas las ofertas, en la mayor desnudez, y sin la menor esperanza de obtenerla. Será pródigo de su bolsa, de sus esfuerzos, de su sufrimiento, de su sangre, sin alabarse de ello; no tendrá orgullo, ni vanidad, ni afecta-

ción, ni disimulo; la bravura y la bondad abundarán en su corazón, como el agua buena en una buena fuente. Podrá ser rudo como el capitán Booth, hasta jugador, derrochador, incapaz de manejar sus asuntos, capaz por tentación de ser un día infiel á su mujer; pero será tan sincero su arrepentimiento, tan involuntario su error, y él tan verdaderamente cariñoso, que su mujer le amará con exceso, y en buena fe lo merece. Todo lo será por ella: enfermero, nodriza, mamá; la parteará él mismo; tendrá para ella adoraciones de amante, siempre, en presencia de todo el mundo, aun delante de miss Matthews que le ha seducido. «Yo declaré que, si poseyese el mundo, estaría pronto á ponerle á los pies de mi Amelia. ¡Y Dios sabe que lo haría, así se tratase de diez mil mundos!» Llorra como un niño al pensar en ella; la escucha como haría una criaturita. «Yo repito sus propias palabras, porque suelo retener lo que dice.» Se viste á escondidas cuando tiene que marchar á su regimiento; y, «cantando, silbando, agitándose, procurando por todos los medios no pensar», huye mientras ella duerme, porque no podría resistir sus lágrimas. En aquel cuerpo de soldadote late un verdadero corazón de mujer que á nada se altera en tratándose de lo que ama, un corazón tímido en su ternura, inagotable en afecto, en confianza, en abnegación, en efusiones. Cuando un hombre tiene eso, haced caso omiso de lo demás; con sus excesos y sus locuras, vale más que todos vuestros devotos enguantados.

A lo cual responderemos: Hacéis bien en defender la naturaleza, pero ha de ser con la condición de no suprimir de ella nada. Falta una cosa á esos personajes vuestros tan robustos: la finura. Los ensueños delicados, la elevación entusiasta y la delicadeza tré-

mula se dan en la naturaleza lo mismo que el rudo vigor, la hilaridad ruidosa y la franca bondad. La poesía es verdadera como la prosa, y, si hay gente de buen estómago y de buenos puños, hay también artistas y caballeros. Cervantes, á quien imitáis, y Shakespeare, á quien recordáis, tuvieron y pintaron esa finura; en esa gran cosecha que traéis á brazadas habéis olvidado las flores. Acaba uno por cansarse de vuestros puñetazos y de vuestros lances de posada. Os solazáis demasiado en los establos, entre los puercos eclesiásticos de Trulliber. Se querría que usaseis de más miramientos con vuestras heroínas; por puras que sean Fanny, Sofia y mistress Heartfree, no puede uno menos de acordarse de las sorpresas en que se les han remangado las sayas. Sois tan rudo que no os hace mella lo atroz. Convencéis á Tom Jones falsamente, pero por un momento, de que mistress Williams, su amante, es su madre, y dejáis sumidos á los lectores mucho tiempo en la infamia de esa suposición. En fin, tenéis que violentaros para pintar el amor; no encontráis más que epístolas correctas; los transportes de vuestro Tom Jones no son más que frases de autor. A falta de ideas recita odas. No conocéis más que la fogosidad de los sentidos, el hervor de la sangre, la efusión de la ternura, pero no la exaltación nerviosa y el arrobamiento poético. El hombre, tal y como lo concebís, es un búfalo magnífico, y ese es quizá el héroe que necesita un pueblo que se ha llamado á sí propio John Bull, Juan Toro.

VII

En todo caso, es poderoso y temible, y si en este momento reunís en vuestra mente los rasgos diseminados de las figuras que los novelistas acaban de hacer pasar ante vuestros ojos, os veréis transportados á un mundo semi-bárbaro y en presencia de una raza cuya energía debe espantar ó sublevar toda vuestra dulzura. Ahora abrid un copista más literal de la vida: sin duda, todos ellos lo son, y declaran, con Fielding, que, si imaginan un rasgo, es porque le han visto; pero Smollett tiene la ventaja de que, siendo mediocre, calca las figuras lisa y prosaicamente, sin transformarlas mediante la iluminación del genio; no están ya ahí la jovialidad de Fielding ni el rigorismo de Richardson para alegrar ó ennoblecer los cuadros. Mirad en él las costumbres frente á frente; escuchad las confesiones de ese imitador de Lesage, que pone á Lesage la tacha de ser alegre y de bromearse con los percances de su héroe; ved la acritud de ese rencor que quiere «levantar la indignación de los lectores contra el carácter sórdido y vicioso del mundo y presentar al mérito modesto en pugna con el egoísmo, la envidia, la malicia y la cobarde indiferencia de la humanidad». Ya no es sólo puñetazos lo que llueve, sino también cuchilladas, estocadas, pistoletazos. En esa sociedad, cuando sale de su casa una doncella, se expone á tornar hecha mujer, y cuando sale un hombre, se expone á no volver de ningún modo. Las mujeres clavan las uñas en la cara de los hombres; los caballeros bien educados, como Peregrine, tronzan á las